

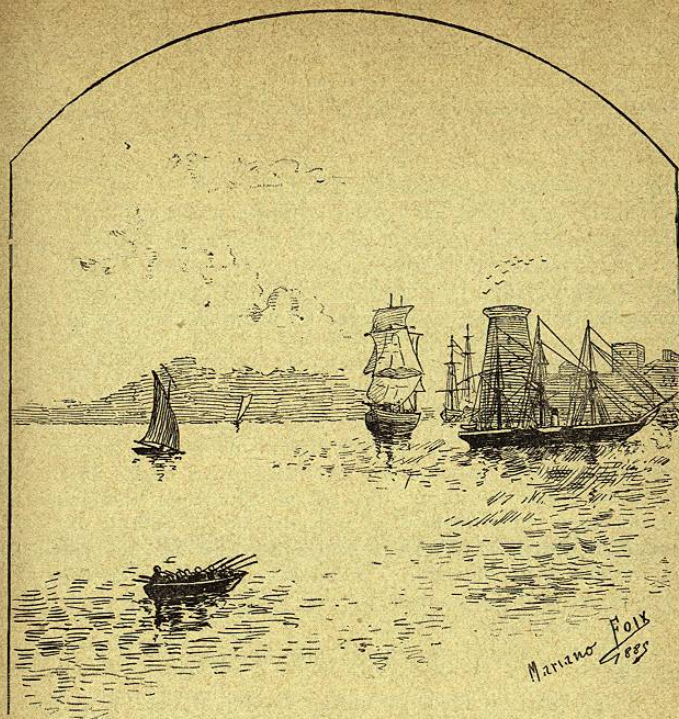
siones, no había olvidado las palabras de su sobrina: «no me desespere usted;» y por lo mismo procuraba calmarse al punto. Se contentó con repetir entre sollozos que su hermano se había ido solo; que juntos habían empezado á vivir; que la desgracia no los separó nunca; que habían estado unidos durante sus largos años de pobreza; y que habían vivido bajo el mismo techo hasta aquel instante fatal.

El tío Federico y su sobrina se retiraron al fin cansados y abatidos. Amy no quiso separarse del anciano hasta dejarle en su habitación, donde se echó en la cama vestido; su sobrina le arropó con una colcha, y retirándose á su vez, sobrecojióla muy pronto un profundo sueño, el sueño hijo del cansancio, en el que parece experimentarse aun en tales casos, el sentimiento confuso de una gran aflicción.

Aquella noche era de luna, pero el astro melancólico se dejó ver tarde: cuando hubo alcanzado cierta altura en el tranquilo firmamento, alumbró á través de las persianas entreabiertas la triste habitación donde acababan de tener su fin todas las miserias y vanidades de una existencia agitada.

Dos seres reposaban tranquilamente en aquella sala... dos seres igualmente inmóviles é impassibles, separados en aquel momento por un abismo infranqueable de todo lo que se agita y vive en esta tierra, que debía sin embargo reclamarlos bien pronto.

El uno yacía tendido en su lecho; el otro, de rodillas junto á la cabecera, estaba inclinado sobre el primero, con los brazos extendidos sin rigidez sobre la colcha, y la cabeza colocada de modo que los labios tocaban la mano sobre que habían exhalado el postrer aliento. Los dos ancianos estaban ante el Padre Eterno, muy por encima de los juicios crepusculares de este mundo; muy por encima de las brumas y de las obscuridades terrestres.



## CAPITULO XX

### Que sirve de introducción al siguiente

Arturo Clennam, que había salido de Londres con dirección á Calais, donde le era preciso evacuar cierta diligencia, acababa de desembarcar de uno de los vapores que prestan el servicio entre ambos puntos, y después de pasar por todas las molestias que deben sufrir los viajeros en su poco agradable peregrinación á lo largo del muelle de madera, donde todos los vagabundos franceses y los refugiados ingleses de la ciudad los acosan y entorpecen su marcha, dirigiase á buen paso á la ciudad en busca de cierta calle y cierto número que estaban grabados en su memoria.



«Estas son seguramente las señas que Pancks me ha dado, murmuró, deteniéndose ante una casa de mísera apariencia; presumo que son exactas y que las habrá encontrado entre los papeles de Casby. Yo no hubiera pensado nunca en venir aquí á buscar á la misteriosa dama.»

Aquella casa tenía un aspecto sombrío y desolado, y cuando Clennam llamó, hasta el aldabón produjo un sonido sordo y triste, como si no pudiera atravesar la superficie agrietada de la puerta; pero ésta giró un momento después sobre sus enmohecidos goznes, y entonces Clennam penetró en un patio no menos triste que el resto de la casa, donde se veía una alta pared, que se había tratado de tapizar con algunas plantas trepadoras, ya muertas, una fuente medio seca, y una pequeña estatua que sólo conservaba la mitad de sus miembros. En la entrada de la casa había una puerta cochera, y pendientes de la pared dos cartelones, en los cuales anunciábase en inglés y francés, que allí se alquilaban habitaciones amuebladas. Muy pronto se presentó en la entrada de un pasadizo obscuro una rolliza campesina, con su saya corta y su enorme gorro blanco; y mostrando una hilera de dientes que no eran desagradables de ver, preguntó al visitante:

—¿A quién busca el señor?

Clennam contestó en francés que deseaba ver á la dama inglesa.

—Haga usted el favor de entrar y subir—repuso la campesina, usando también su lengua materna.

Arturo se apresuró á utilizarse del permiso, siguiendo á su guía por una oscura escalera, hasta un salón con ventana al patio de las plantas muertas, de la fuente seca y de la estatua rota.

—Anuncie usted al señor Blandois—dijo Clennam.

—Está muy bien, caballero.

La campesina se retiró, y entonces Clennam pudo examinar el salón, que era el tipo de las habitaciones amuebladas: fría, triste y lúgubre; suelo encerado, bueno tan sólo para patinar; cortinas rojas y blancas en los balcones; velador con pies retorcidos; sillas de paja incómodas; dos grandes sofás de terciopelo de Utrecht, lo bastante grandes para que nadie pudiera sentarse á su gusto; un espejo recompuesto; dos jarrones con flores artificiales, deslumbrantes por sus colores charros; y en medio de la chimenea, un guerrero griego en actitud de quitarse el casco para sacrificar un péndulo al genio de Francia.

A los pocos minutos abrióse una puerta que comunicaba con otra habitación y se presentó una dama que, manifestando mucha sorpresa al ver á Clennam, paseó una mirada por la estancia, cual si buscara otro visitante.

—Dispense usted, señorita Wade—dijo Arturo,—estoy solo.

—Sin embargo, no me han anunciado el nombre de usted.

—No; ya lo sé, y por lo mismo pido á usted mil perdones. La experiencia me ha demostrado que mi nombre no le habría dispuesto á concederme audiencia, y por eso me he permitido pronunciar el de una persona que busco.

—¿Tendría usted la bondad de indicarme—repuso la señorita Wade invitando á su interlocutor á sentarse, aunque con un ademán tan frío que Clennam prefirió permanecer en pie,—qué nombre ha dicho usted á la criada?

—Blandois.

—¿Blandois?

—Es un nombre que usted no desconoce.

—Extraño mucho—replicó la dama frunciendo el ceño,—que siga usted ocupándose así oficiosamente de mis asuntos. Ignoro lo que todo esto quiere decir.

—Dispéñese usted. Ante todo quisiera saber si conoce usted el nombre.

—¿Qué le importa á usted el nombre ni á mí tampoco? ¿Qué puede importarle que yo lo conozca ó deje de conocerlo? Yo conozco muchos y he olvidado más aun; y el que usted cita puede ser de aquellos que recuerdo ó que he olvidado del todo. Acaso le oiga hoy por primera vez; pero de todos modos, no tengo motivo para preguntármelo, ni para permitir que nadie me lo pregunte.

—Si usted no lo lleva á mal, le diré cuál es la causa de haberla importunado, rogándole que dispense mi insistencia, pues el motivo que me impulsa es personal. No pienso, ni por asomos, que tenga usted nada que ver con ello.

—Muy bien, caballero—repuso la señorita Wade invitando de nuevo á su interlocutor á tomar asiento, con un ademán menos altivo que la primera vez;—me alegro de ver, por lo menos, que no se trata de mí; y quiero escuchar lo que tenga que decirme, si tiene á bien explicarse.

—Primeramente, á fin de identificar al individuo en cuestión, le diré que se trata de la persona que usted encontró en Londres hace algún tiempo, de aquel hombre á quien usted dió cita cerca del Támesis... en Adelfi.

—Verdaderamente, se mezcla usted en mis asuntos de una



manera inconcebible—dijo la señorita Wade fijando en su interlocutor una mirada de cólera.—¿Cómo sabe usted esto?

—Le ruego á usted que no se formalice por una indiscreción aparente... Lo he sabido por casualidad.

—¿Por qué casualidad?

—Por una muy sencilla; la vieron á usted hablar con él.

—¡A mí me han visto!... ¿Usted ú otro?

—Yo mismo.

—La verdad es que he hablado con él en medio de la calle—dijo la dama calmándose un poco;—de modo que han podido verme cincuenta personas, pero aunque así sea, esto no me importa nada.

—No atribuyo la menor importancia al hecho, y sólo hago mención de este detalle para explicar mi visita. El incidente no tiene nada que ver con el asunto que me trae aquí, ni tampoco con el favor que vengo á pedirle.

—¡Ah, viene usted á pedirme un favor!—repuso la señorita Wade sonriendo con expresión de amargura;—he aquí por qué se muestra usted más amable que en nuestra última entrevista.

Clennam se limitó á protestar ligeramente contra esta observación y habló después de la desaparición de Blandois, preguntando á la dama si tenía conocimiento de su paradero.

—No—contestó la señorita Wade,—por inverosímil que pueda parecerle á usted, no he oído hablar de ese hombre. Bástale mirar á su alrededor para comprender que es poco probable que llegue á mí ninguna noticia de ese individuo en este lugar.

Después de expresarse así, la señorita Wade preguntó á su interlocutor qué pensaba de la desaparición de Blandois, y esto condujo á Clennam á entrar en detalles, dejando entrever hasta qué punto deseaba averiguar qué había sido de aquel hombre para desvanecer las sospechas que recaían en la casa de su madre. La dama le escuchó con una sorpresa y un interés creciente que no había manifestado en ninguna otra ocasión, mas no por eso se mostró menos reservada y altiva, y cuando Clennam acabó de hablar limitóse á decirle:

—Ha olvidado usted, caballero, cuál es el favor que viene á pedirme. Sepamos de qué se trata, si usted gusta.

—Presumo—contestó Clennam esforzándose siempre por dulcificar el desdén de su interlocutora,—que habiendo tenido relaciones... confidenciales, si me permite decirlo así... con esa persona...

—Es usted muy libre de decir lo que quiera—observó la dama,—como yo lo soy á mi vez de no subscribir á sus hipótesis, señor Clennam.

—Quería decir—añadió Arturo cambiando la forma de su frase para que fuese más admisible,—que habiendo tenido relaciones personales con ese hombre, podría usted facilitarme algún informe sobre sus antecedentes, sus costumbres, su profesión y su lugar de residencia ordinario, á fin de tener algún indicio para averiguar su paradero. Este es el favor que he venido á solicitar, y se lo pido en una situación de ánimo que sin duda le inducirá á tratarme con alguna benevolencia. Si tiene usted algún motivo para imponerme condiciones, las respetaré sin discutir las.

—Usted me ha visto por casualidad hablando en la calle con ese hombre—repuso la señorita Wade, ocupándose más al parecer de sus propias reflexiones que de la solicitud de su interlocutor,—y por lo tanto debo suponer que le conocía usted antes de este encuentro.

—No... antes no; le conocí más tarde; nunca le había visto hasta entonces, pero le encontré la noche misma de su desaparición supuesta... y para decirlo de una vez, en la habitación de mi madre, donde le dejé. Por este impreso verá usted lo que de él se sabe.

Así diciendo, Clennam entregó uno de los anuncios á la dama, que lo leyó con mucha atención é interés.

—No sabía yo tanto de ese hombre—dijo la señora Wade, devolviendo el anuncio.

Las facciones de Clennam expresaron marcada contrariedad, y acaso también la duda, pues su interlocutora añadió en tono desdenoso:

—Usted no me cree, sin embargo, le digo la verdad. En cuanto á las relaciones personales, me parece que han existido también entre ese hombre y la madre de usted; y á pesar de ello, la cree usted cuando le dice que no le conoce.

Estas palabras, y la sonrisa que las acompañó, encerraban una insinuación tan clara, que la sangre de Clennam pareció afluir á sus mejillas.

—Vamos, caballero—añadió la dama, que parecía complacerse cruelmente en mortificar á su interlocutor,—seré tan franca como pueda usted desearlo, diciéndole que si tuviera un nombre para hacerle respetar, cosa de que no me cuido, porque no me importa lo que de mí puedan pensar, me creería muy comprometida sólo por el hecho de haber tenido



que tratar con ese hombre; y, sin embargo, advierta usted que nunca franqueó el umbral de mi casa... ni estuvo jamás en conferencia conmigo hasta la media noche.

No estaba en la naturaleza de la señorita Wade ser compasiva, y hubiérase dicho que se había propuesto desahogar en Clennam antiguos odios, martirizándole cuanto era posible.

—Le confesaré á usted—añadió,—que ese hombre es un miserable, á quien hallé por primera vez ocupado en acechar una presa en Italia, donde estuve no hace mucho tiempo; allí compré sus servicios, reconociendo que era un instrumento propio para cierto fin que yo me proponía... ó más claro... yo necesitaba un espía, y me valí de Blandois. Estoy segura que si le hubiese propuesto otra cosa peor, pagándole bien, no habría opuesto dificultades para asesinar á cualquiera con tal que hubiese podido dar el golpe en la obscuridad. Esta es por lo menos la opinión que de ese hombre tengo formada, y me parece que usted piensa casi lo mismo. Supongo que su señora madre, pues á mí también me será permitido hacer como usted suposiciones aventuradas, no opina del mismo modo.

—He olvidado decir á usted—repuso Clennam,—que mi madre se puso en relación con ese hombre á consecuencia de unos desgraciados asuntos comerciales.

—Efectivamente debían ser desgraciados,—repuso la dama,—pues la hora intempestiva en que fué recibido este cliente no es la establecida para despachar los negocios de comercio.

—¿Supone usted, pues—dijo Arturo, resentido por aquellas frías insinuaciones,—que había algo...?

—Señor Clennam—replicó la dama con mucha frialdad,—sírvasse usted tener presente que yo no supongo nada respecto á ese hombre; pero le afirmo desde luego que es un miserable, dispuesto á todo si le pagan. Presumo que cuando un individuo de esta especie va á alguna parte, es porque se le necesita; y si yo no le hubiera necesitado, seguramente no me habría visto usted hablar con él.

Atormentado por esta persistencia de su interlocutora en mantener la sospecha que ya se había despertado en su espíritu, Clennam guardó silencio.

—Advierta usted—añadió la señorita Wade,—que le hablo así en la suposición de que ese individuo se halla todavía en este mundo, pues podría haber desaparecido de veras, sin que yo sepa nada ni me importe saberlo, porque ya no le necesito.

Arturo se levantó lentamente con aire abatido, cuando la

señorita Wade, que permanecía sentada, díjole, oprimiendo los labios con expresión de cólera:

—¿No era ese hombre el compañero del amigo de usted, Enrique Gowan? ¿Por qué no le pide usted algún informe?

Clennam iba á negar que Gowan fuera su amigo; pero el recuerdo de sus luchas y sus resoluciones de otro tiempo le contuvo, y limitóse á decir:

—El señor Gowan no ha vuelto á ver á Blandois desde el viaje de este extranjero á Inglaterra, y nada sabe de él; además, ese hombre no es más que un simple conocimiento de viaje.

—Sí, el amigo de usted necesita nuevos conocimientos para distraerse, porque tiene una mujer muy sosa... Yo la odio, caballero.

La cólera con que la señorita Wade pronunció estas palabras, extraña en una mujer que sabía dominarse tan bien, llamó la atención de Arturo, dejándole inmóvil en su sitio: el odio brillaba en los negros ojos de aquella mujer, haciendo temblar sus labios, sin que sus bellas facciones perdieran sin embargo nada de su desdeñosa serenidad.

—Todo lo que puedo decir á usted—repuso Clennam,—es que alimento muy gratuitamente un sentimiento del que nadie participa, en mi opinión.

—Puede usted preguntar á su amigo, si le place, cuál es su parecer sobre este punto.

—No tengo bastante intimidad con ese amigo para permitirle hablarle de semejante cosa.

—Yo aborrezco á ese caballero más aun que á su esposa, porque en otro tiempo cometí la necedad de amarle... ó poco menos. Usted no me ha visto, caballero, sino en circunstancias ordinarias, y sin duda me ha tomado por una mujer vulgar, aunque algo más enérgica que las otras; usted no sabe lo que yo entiendo por odiar, porque no me conoce bastante bien, é ignora hasta qué punto me he estudiado á mí misma y á cuantos me rodean. He aquí por qué deseo hace algún tiempo contarle mi vida, no para obtener su aprecio, porque me importa poco, sino á fin de que comprenda, cuando piense en su amigo y en su querida esposa, lo que yo entiendo por la palabra *odiar*. ¿Quiere usted aceptar algunas páginas que he escrito y puesto á un lado, sólo para usted, ó debo guardarlas?

Arturo rogó que se las diese, y entonces la dama, acercán-



dose á su papelera, abrió un pequeño cajón y sacó un manuscrito doblado.

—Cuando haya usted leído esto—dijo la dama, entregándoselo á Clennam,—sabr  usted lo que entiendo por odiar... pero, terminaremos aquí. Sólo me resta decirle que en Londres como en Calais, ya me encuentre usted alojada económicamente, en una casa vacía   en una habitación amueblada, siempre verá conmigo   Enriqueta. Tal vez no le disgustar  saludarla antes de marcharse.

La señorita Wade hubo de llamar dos veces antes de que se presentara la que en otro tiempo se llamó Tattycoram.

—Aquí tiene usted al señor Clennam—dijo la dama;—pero no viene en su busca, pues presumo que se ha renunciado   la reclamación.

—No tengo ningún título ni derecho para reclamar—replicó Arturo.

—El señor no viene á buscar á usted, Enriqueta, pero sí   otra persona; pareceme que quisiera sentar la mano encima   ese Blandois.

—Con quien encontr  á usted en Londres—record  Clennam.

—Si sabe usted algo de ese hombre, Enriqueta, se lo puede usted decir con toda libertad á este caballero.

—Sólo s  lo mismo que los demás, es decir, que llegaba de Venecia.

—  Está usted satisfecho?—pregunt  la señorita Wade.

Arturo no ten  ningún motivo para sospechar que Enriqueta faltase   la verdad, pues era una joven demasiado franca, y en su consecuencia contestó:

—  Vamos! será necesario buscar informes por otra parte.

Como Clennam estaba de pie cuando Tattycoram entr , la joven, suponiendo que iba á retirarse, pregunt le con viveza:

—  Siguen bien, caballero?

—  Quién?

Tattycoram iba á contestar *todos*, pero dirigió una mirada   la señorita Wade, y limitóse á decir:

—El señor y la señora Meagles.

—Estaban buenos cuando recibí noticias de ellos la última vez; ahora viajan. Y   propósito, quisiera preguntar á usted una cosa.   Es verdad que la han visto á usted por all ?

—  Dónde suponen haberme visto?—replicó la joven bajando la vista con aire de malhumor.

—En Twickenham, delante de la verja del jardín.

—No—dijo la señorita Wade,—no ha vuelto á poner all  los pies.

—Se engaña usted—repuso Tattycoram;—fué la última vez que volvimos   Londres; era una tarde que usted me dej  sola, y tuve el gusto de ir á mirar por la verja.

—  Desgraciada!—exclamó la señorita Wade, con aire de soberbio desdén.—  He aquí el fruto de su permanencia en mi casa, de nuestras continuas conversaciones, y de sus antiguas quejas! Todo esto no ha servido de nada.

—  Qué ten  de malo ir á mirar por la verja?—replicó Tattycoram;—las persianas estaban cerradas, y comprendí que la familia se hallaba ausente.

—  Y qué necesidad había de esto?

—Deseaba ver otra vez la casa... me pareció que me complacería verla.

Al contemplar aquellas dos hermosas jóvenes, Clennam adivin  que por su carácter violento debían sufrir mucho viviendo juntas.

—  Oh!—exclamó la señorita Wade, dulcificando su mirada de enojo,—si es que ten  usted empeño en ver otra vez el infierno de que le he sacado, esto es otra cosa; pero en esto noto falta de franqueza.   Es esto lo que debía esperar de usted y de su fidelidad? Yo cre  que debíamos hacer causa común.   Vamos, no merece usted mi confianza ni la protección que le dispensó! Un perro tendría más amor propio, y lo mejor que puede usted hacer es volver con esa familia, que tan duramente la trat .

—Si habla usted de ese modo de ellos delante de gente—replicó Tattycoram,—me obligará á tomar su defensa.

—Vaya usted   buscarlos—repuso la señorita Wade;—vuélvase   su casa.

—Ya sabe usted que no lo har , que los he abandonado para siempre, y que ni puedo ni quiero verlos. D jelos usted en paz, sin hablar mal de esa familia, señorita.

—  Ah! ya comprendo que prefiere usted la abundancia de su casa   la escasez de la mía; no parece sino que se complace en alabarlos para rebajarme   mí; pero á decir verdad, no debía yo esperar otra cosa, y esto era difícil de prever.

—  Es falso!—exclamó Tattycoram, anim ndose por grados;—usted dice lo contrario de lo que piensa, y yo s  muy bien lo que piensa. Con mucho disimulo, me echa usted en cara que vivo   sus expensas por falta de otro recurso; y le parece sin duda que me manejar  como   un chiquillo, humi-



llándome con toda clase de afrentas. ¡Vamos! ya veo que no vale usted más que esa familia; pero no crea que me someteré nunca lo bastante para sufrir todo esto. Repito que fui á ver la casa, porque con frecuencia he pensado que me agradaría volver á verla; y si ahora pregunto cómo están, es porque en otro tiempo los amé, cuando yo creía que eran buenos para mí.

Clennam intervino para decir á Tattycoram que estaba seguro que la recibirían con la mayor bondad si alguna vez deseaba volver con ellos.

—¡Jamás!—contestó la joven con voz irritada;—yo no haría nunca esto, y hartó lo sabe la señorita Wade á pesar de las reprensiones que me dirige, porque estoy bajo su dependencia, de lo cual se alegra sin duda mucho, pues no pierde ocasión de recordármelo.

—¡Vaya un pretexto!—exclamó la dama con tono de altivez y de amargura;—busque usted otro, porque ese está ya muy gastado. Mi pobreza es causa de que eche usted de menos la abundancia de esos señores. Vuelva usted con ellos y acabemos de una vez.

Arturo Clennam contempló un momento aquellas dos mujeres, cuyos ojos expresaban la cólera contenida, y que parecían dispuestas á maltratarse entre sí, y añadió algunas palabras para despedirse. La señorita Wade no hizo más que inclinar la cabeza, mientras que Enriqueta, afectando la humildad de una criada ó de una esclava, aunque no podía ocultar su irritación, aparentó que era muy poca cosa para que nadie se fijase en ella, y permaneció inmóvil en su sitio.

Clennam bajó la sombría escalera, reflexionando en lo que acababa de ver y oír, y en la inutilidad de sus esfuerzos para descubrir al extranjero sospechoso, y volvió á Londres en el mismo vapor en que había llegado. Durante el camino abrió el manuscrito de la señorita Wade y leyó lo que veremos en el capítulo siguiente.



## CAPITULO XXI

### Historia de un verdugo de sí mismo

«Tengo la desgracia de no ser una necia: desde mi juventud he observado á mi alrededor muchas cosas que creían ocultarme; y si en vez de verlo todo hubiera podido dejarme engañar, tal vez mi existencia hubiera sido tan tranquila como la de la mayor parte de los imbéciles de este mundo.

»Mi infancia se deslizó en casa de mi abuela, ó por lo menos de una dama que tomaba este título; pero no tenía ningún derecho sobre mí... En su casa había niñas con quienes la unía algún parentesco, y otras que sólo eran educandas: contábanse diez entre todas, vivíamos juntas y teníamos los mismos maestros.